

en la Convencion y la influencia del talento de su muger en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland: rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocía el genio, se ignoraba el sexo y combatía disfrazada en la guerra de los partidos.—«La Convencion «decía Roland en su carta» ha demostrado su prudencia, no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecería dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temer ninguno, desde el momento que se trata de salvar mi patria... me consagro hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman, hombres ardientes, y quizá estraviados, toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que solo ellos pueden servir bien á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provocan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proseripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarle la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no sería el hombre superior por su fuerza ó sus talentos en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios! ¡Que tan pronto con la apariencia de una indulgencia magnánima, escusase sus injusticias, tan pronto atenuase sus escesos!... Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylá hasta Rienzi... Se os han denunciado proyectos de dictadura y de triunvirato: ¿han existido! Se me ha acusado de falta de valor, y yo preguntaré, ¿cuál fué el valor, en los dias

lúgubres que siguieron al 2 de setiembre, de parte de aquellos que protegian los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de París, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra, en que la irritacion de la muger ultrajada se sobreponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton indeciso á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aun se trató de conmooverle y atraerle al partido, que era mas análogo á su naturaleza de hombre de estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquía prolongada le disgustaba, y fingió mas deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su muger; la elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba; su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda solo tenia cabezas, Danton hubiese sido su brazo; él se inclinaba hácia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

XXXI.

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á la Francia un gobierno, cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales gefes de la Gironda; se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de setiembre, de la que solo podian salir exhalaciones mortales para la república; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatría de las facciones; de llamar á París una fuerza departamental

imponente; de intimidar á los jacobinos y de sujetar la municipalidad al yugo de la ley. En París, los comités de la Convención dominados por los amigos de Roland y de Danton; en las fronteras, Dumouriez asegurando el ejército á la Convención, y alucinando la opinion con el brillo de nuevas victorias, debian salvar á la nación fuera, y consolidar el gobierno dentro. Este plan desarrollado por Dumouriez y adoptado por la mayoría de los convidados, sedujo todos los ánimos. Petion se adhería á él; Sieyes, Condorcet, Gensonné y Brissot conocian que era necesario. Vergniaud, mas político y mas hombre de Estado que lo que dejaba sospechar la indolencia de su carácter, consentía en poner un sello sobre sus labios, y en sacrificar la indignacion de su alma á las necesidades de la patria. Muchas veces, durante aquella noche, parecia estar cimentada la alianza.

Pero Buzot, Guadet, Barbaroux, Ducós, Fonfrede y Rebecqui, cuyo republicanismo tenia toda la pureza de una idea sin tacha, se prestaban con una repugnancia visible á las concesiones que tácitamente les hacian aceptar la solidaridad de los asesinatos de setiembre. «Todo, excepto la impunidad para los asesinos y sus cómplices,» dijo Guadet al retirarse. Danton irritado, pero dominando su cólera, se dirigió á él y trató de atraerle á miras mas conciliadoras.

«Nuestra division, dijo cogiéndole la mano, es la perdición de la república; las facciones nos devorarán á los unos despues de los otros, si no acabamos con ellas desde el primer momento; moriremos todos, y vosotros los primeros!—No es perdonando el crimen como se obtiene el perdon de los malvados, respondió secamente Guadet; una república pura ó la muerte; este es el combate que nosotros vamos á empezar.» Danton soltó con tristeza la mano de Guadet, y le dijo con voz profética: «Guadet, no sabéis hacer á la patria el sacrificio de vuestros resentimientos; no sabéis perdonar, y sereis víctima de

vuestra obstinacion: vamos cada uno adonde el flujo de la revolucion nos impela; podiamos dominarla unidos; desunidos, ella misma nos dominará. ¡Adios!» Rompióse la conferencia: Danton fué rechazado hácia Robespierre, y la direccion de la Convencion entregada al azar.

Danton, no obstante, que preveia la anarquía y temia á Robespierre, hizo solo con Dumouriez una alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos comunes. Una ojeada bastó al vencedor de Valmy para juzgar á los girondinos. «Son romanos fuera de su pais, dijo á Westermann, su confidente. La república como ellos la entienden, no es mas que la novela de una muger de talento. Se alegran con buenas palabras, mientras el pueblo se embriagará con sangre. Aquí solo hay un hombre, que es Danton.» Desde aquel dia Dumouriez y Danton concertaron en secreto todos sus pensamientos: estos dos hombres unidos en adelante, tuvieron todavía una segunda entrevista con los girondinos en casa de madama Roland. Hubiera podido decirse que el instinto de su porvenir les advertia de los peligros de su rompimiento y trataba de unirlos aun. Madama Roland cubrió de seducciones y encantos el abismo que separaba los dos partidos. Vergniaud tendió su mano generosa y pura á Danton arrepentido. Louvet inmoló á Robespierre y á Marat con sus sarcasmos á la risa amarga de sus amigos y al desprecio de su rival. Dumouriez contó su guerra, y prometió para la primavera dar la Bélgica á la república, si esta queria tan solo vivir hasta entonces. Los corazones parecian esplayarse, y el entusiasmo de la patria trasportó un momento los ánimos á una region inaccesible á la division de las facciones. Pero cada vez que se volvía al terreno de la realidad y á la cuestion del dia, se encontraba la sangre de setiembre. Danton la espía con su embarazo. Los girondinos le acusaban con su horror. Evitóse tratar de ella y se separaron con sentimiento, pero se separaron para siempre.